

**P. D. James**

**No duermas más**

Traducción del inglés  
de Raquel García Rojas

**S**iruela

Nuevos Tiempos Policiaca

# Índice

El yoyó	9
La víctima	35
El asesinato de Papá Noel	71
La niña que adoraba los cementerios	125
Una residencia muy deseable	157
El cumpleaños del señor Millcroft	181

**El yoyó**

Encontré el yoyó la víspera de Nochebuena, de esa forma en la que uno se topa con reliquias del pasado largo tiempo olvidadas, mientras ordenaba algunos de los papeles aún sin examinar que perturban mis años de vejez. Ese día cumplía setenta y tres años y supongo que me asaltó un arrebató de *memento mori*. La mayor parte de mis asuntos llevaban años arreglados, pero siempre queda un embrollo en algún sitio. El mío estaba en seis viejas cajas archivadoras guardadas en el estante superior del armario de una habitación de invitados que apenas usaba, cajas por lo general apartadas de mi vista y de mi memoria. Pero entonces, sin ninguna razón en particular, irrumpieron en mi pensamiento con una irritante perseverancia. Tenía que revisar su contenido y bien clasificar o destruir los documentos. Henry y Margaret, mi hijo

y mi nuera, esperarían que, como el más meticulado de los padres, les hubiera ahorrado hasta esa mínima molestia en el momento de mi muerte. No tenía nada más que hacer. Estaba esperando, con la maleta preparada, a que Margaret viniese a recogerme con el coche para una Navidad en familia que habría preferido mil veces pasar solo en mi piso de Temple. A recogerme. Eso pueden hacernos sentir, con tanta facilidad, a los setenta y tres; un objeto, no exactamente preciado pero acaso quebradizo, que hay que coger con cuidado, custodiar y luego devolver a su sitio con el mismo celo. Estaba listo demasiado pronto, como siempre. Quedaban casi dos horas por delante hasta que llegara el coche. Tiempo para ordenar las cajas.

Los archivadores, llenos a reventar y uno de ellos con la tapa rota colgando, estaban atados con una fina cuerda. Al deshacer el nudo y abrir la primera caja, me llegó un nostálgico olor, medio olvidado, a papeles viejos. Llevé la caja hasta la cama, me puse cómodo y empecé a hojear una miscelánea de documentos de mis días en la escuela preparatoria: viejos boletines de notas —algunas observaciones con la tinta amarillenta, y otras tan nítidas como si las hubiesen escrito el día anterior—, cartas de mis padres aún en sus precarios sobres, cuyos sellos extranjeros

había arrancado para regalárselos a compañeros de colegio que los coleccionaban, uno o dos cuadernos de ejercicios con trabajos muy bien calificados que probablemente había guardado para enseñárselos a mis padres en su siguiente permiso. Al levantar uno de estos últimos, descubrí el yoyó. Era justo como lo recordaba: de un rojo vivo, brillante, agradable al tacto y muy bonito. La cuerda estaba enrollada con esmero y solo se veía el lazo del extremo para el dedo. Cerré la mano sobre la suave madera. El yoyó encajaba con precisión en mi palma. Estaba frío, incluso para mí, que rara vez tengo ya las manos calientes. Y, con esa sensación, me inundaron los recuerdos. La expresión está trillada pero es certera; llegaron como una marea creciente y me arrastraron de vuelta a aquel mismo día de hacía sesenta años, el 23 de diciembre de 1936, el día del asesinato.

Yo estaba en la escuela preparatoria de Surrey y, como de costumbre, iba a pasar la Navidad con mi abuela viuda en su casa de campo de West Dorset. El viaje en tren era tedioso, requería hacer dos trasbordos y en el pueblo no había estación, de modo que ella solía enviar su propio coche a buscarme. Pero aquel año fue distinto. El director me llamó a su despacho para explicármelo.

—Esta mañana he recibido una llamada telefónica de su abuela, Charlcourt. Al parecer, su chófer está indispuesto y no podrá venir a por usted. Lo he arreglado para que Carter le lleve hasta Dorset en mi automóvil. Lo necesito hasta después del almuerzo, no obstante, así que llegarán más tarde de lo habitual. Lady Charlcourt ha sido tan amable que le ha ofrecido una cama para pasar la noche. Además, el señor Michaelmass le acompañará. Lady Charlcourt lo ha invitado a pasar la Navidad con ustedes, pero sin duda ya le habrá escrito al respecto.

No lo había hecho, pero no se lo dije. A mi abuela no le gustaban mucho los niños y a mí me toleraba más por el vínculo familiar —después de todo, yo era, al igual que su único hijo, el heredero necesario— que por cariño. Cada Navidad hacía lo que podía, disciplinada, para procurar mantenerme más o menos entretenido y a salvo. Siempre tenía una cantidad suficiente de juguetes apropiados para mi sexo y edad, que compraba su chófer según las sugerencias que mi madre le indicaba por carta, pero no había risas ni otros niños que me hiciesen compañía, ni adornos navideños ni afecto. Sospechaba que mi abuela habría preferido, con mucho, pasar la Navidad sola antes que con un muchacho aburrido, inquieto y des-

contento. No la culpo. Cuando he llegado a su edad, me siento exactamente igual.

Sin embargo, mientras cerraba la puerta del despacho del director, el resentimiento y la indignación me oprimían el pecho. ¿Es que ella no sabía nada de mí ni sobre el colegio? ¿No se daba cuenta de que las vacaciones ya iban a ser bastante aburridas sin la mirada inquisidora y la afilada lengua de Amenaza Mike? Era, de lejos, el maestro más impopular de la escuela: pedante, hiperrestricto y dado a ese cáustico sarcasmo que a los jóvenes les resulta más difícil de soportar que los insultos proferidos a gritos. Ahora sé que era un profesor brillante. A él le debía, en gran parte, mi beca en la preparatoria. Tal vez fuese esa circunstancia y el hecho de que Amenaza Mike había estudiado con mi padre en Balliol lo que motivó la invitación de mi abuela. Puede incluso que mi padre le hubiese escrito para sugerírselo. Me sorprendía menos que el señor Michaelmass hubiera aceptado. Las comodidades y la excelente comida de una casa de buena posición serían un cambio mejor recibido que la residencia espartana y la cocina institucional del colegio.

El viaje fue tan aburrido como esperaba. Cuando el viejo Hastings iba al volante, me dejaba sentarme



en el asiento delantero, junto a él, y me entretenía con historias sobre la infancia de mi padre, pero ahora yo estaba atrapado en la parte de atrás con un mudo señor Michaelmass. La mampara de cristal que nos separaba del conductor iba cerrada, y lo único que podía ver era la parte de atrás de la rígida gorra de su uniforme, que el director siempre insistía en que Carter se pusiera cuando hacía las veces de chófer, y sus manos enguantadas sobre el volante.

Carter en realidad no era chófer, pero tenía que llevar en coche al director cuando el prestigio exigía esa añadidura a su estatus. El resto del tiempo, era en parte jardinero y en parte hombre para todo. Su mujer, frágil y de rostro amable, que parecía casi una niña, era enfermera en una de las tres residencias del colegio. Su hijo, Timmy, era alumno de la escuela. No fue hasta más tarde cuando comprendí del todo ese curioso acuerdo. Carter era, según oí por casualidad decir al padre de un compañero, «un hombre de clase muy superior». Nunca supe qué desgracia personal lo había llevado a aceptar aquel trabajo. Al director le salían baratos los servicios de Carter y de su mujer porque les ofrecía alojamiento y educación gratuita para su hijo. Probablemente les pagaría una miseria. Si para Carter aquello suponía un agravio,

nosotros, los estudiantes, no lo sabíamos. Nos acostumbramos a verlo por los jardines, alto, pálido, de cabello oscuro y, cuando no estaba ocupado, siempre jugando con el yoyó rojo. Era un juguete muy popular en los años treinta, y Carter era un experto en los espectaculares lanzamientos que los demás practicábamos con nuestros propios yoyós, pero que nunca conseguíamos hacer.

Timmy era un niño demasiado pequeño para su edad, enfermizo y nervioso. Siempre se sentaba al final de la clase, solo e ignorado. Uno de los chicos, un esnob más atroz que el resto de nosotros, decía: «No entiendo por qué tiene que estar en nuestra clase ese arrastrado de Timmy. Mi padre no paga una matrícula para esto». Pero a los demás nos daba igual que estuviese o no y, en la clase de Amenaza Mike, Timmy era una baza positiva porque alejaba del resto el terror de aquella lengua afilada y sarcástica. No creo que en el caso del señor Michaelmass la crueldad tuviera nada que ver con el esnobismo o que se considerase cruel siquiera. Simplemente era incapaz de tolerar el desperdicio de sus habilidades para la enseñanza con un muchacho nada receptivo y falto de inteligencia.

Sin embargo, nada de eso me ocupaba la mente durante el viaje. Sentado bien lejos del señor Michael-

mass, en un rincón del coche, estaba absorto en mi rencor y mi desesperación. Mi acompañante prefería viajar a oscuras además de en silencio y no llevábamos ninguna luz encendida. Yo tenía un libro y una linternita y le pregunté si le molestaba que leyera. Me contestó: «Por supuesto, lee, muchacho» y volvió a hundirse en el cuello de su grueso abrigo de *tweed*.

Saqué mi ejemplar de *La isla del tesoro* e intenté concentrarme en el oscilante haz de luz. Pasaron las horas. Fuimos cruzando pueblos y aldeas y era un alivio para el aburrimiento mirar por la ventanilla y ver las calles iluminadas, los llamativos escaparates decorados de las tiendas y el afanoso torrente de compradores de última hora. En uno de los pueblos, un grupito de gente que cantaba villancicos con el acompañamiento de una banda de viento hacía tintinear sus latas para el aguinaldo. El sonido parecía seguirnos mientras dejábamos la luz atrás. Era como viajar a través de una oscura eternidad. Yo conocía la ruta, claro, pero Hastings solía recogerme el 23 de diciembre por la mañana y hacíamos la mayor parte del camino de día. Ahora, sentado junto a esa silenciosa figura en la penumbra del coche y con las tinieblas echándose por la ventanilla como una pesada manta, el viaje parecía interminable. En un momento dado,

noté que empezábamos a ascender y pronto pude oír el distante y rítmico latido del mar. Debíamos de estar en la carretera de la costa. Ya no quedaba mucho. Iluminé la esfera de mi reloj de pulsera con la linterna. Las cinco y media. Llegaríamos a casa de mi abuela en menos de una hora.

Entonces, Carter redujo la velocidad y nos sacó con un ligero tumbo al borde del camino. El coche se detuvo. Abrió la mampara y dijo: «Lo siento, señor. Tengo que salir. Una llamada de la naturaleza».

El eufemismo me dio ganas de reír como un tonto. El señor Michaelmass vaciló un instante y luego dijo: «En ese caso, será mejor que salgamos todos».

Carter rodeó el coche y, muy minucioso, nos abrió la puerta. Salimos al accidentado margen de la carretera, a la negra oscuridad y a los remolinos de nieve. El mar ya no era un murmullo de fondo, sino un estruendoso rugido. Al principio solo fui consciente de los copos de nieve sobre mis mejillas, las dos oscuras figuras que estaban a mi lado, la absoluta negrura de la noche y el intenso olor salobre del mar. Luego, conforme los ojos se me acostumbraban a la oscuridad, vi la forma de una gran roca a mi izquierda.

—Ve detrás de ese peñasco, chico. No tardes mucho. Y no te alejes.

Me acerqué al risco, pero no me metí detrás, y las dos figuras desaparecieron de mi vista, el señor Michaelmass andando hacia el frente y Carter a la derecha. Un minuto después, al dar la espalda a la pared rocosa, ya no veía nada, ni el coche ni a ninguno de mis acompañantes. Sería mejor esperar hasta que alguno de los dos reapareciese. Hundí la mano en el bolsillo y, casi sin pensar, saqué la linterna y la encendí apuntando hacia el cabo. El haz de luz era angosto pero potente. Y, justo en ese momento, vi el asesinato.

El señor Michaelmass estaba de pie, muy quieto, a unos treinta metros de distancia, una oscura silueta recortada contra el cielo, más claro. Carter debía de haberse movido con mucho sigilo sobre la fina alfombra de nieve hasta situarse tras él. Entonces, en ese segundo en el que las negras figuras fueron sorprendidas por el rayo de luz, vi que Carter se abalanzaba bruscamente hacia delante, con los brazos extendidos, y me pareció sentir en la parte baja de la espalda la fuerza de aquel fatídico empujón. Sin hacer un solo ruido, el señor Michaelmass desapareció. Donde antes había dos sombras indefinidas, ahora solo quedaba una.

Carter sabía que yo lo había visto, ¿cómo no iba a saberlo? El rayo de luz había llegado demasiado

tarde para impedir que él lo hiciera, pero entonces se dio la vuelta y la luz le iluminó por completo el rostro. Estábamos solos en aquel promontorio. Curiosamente, no tuve ningún miedo. Supongo que lo que sentía era sorpresa. Avanzamos el uno hacia el otro casi como dos autómatas. Al hablar, advertí un deje de simple asombro en mi voz.

—Lo has empujado. Lo has asesinado.

—Lo he hecho por el chico —repuso él—. Que Dios me ayude, lo he hecho por Timmy. Era él o mi hijo.

Me quedé mirándolo en silencio un momento, consciente de nuevo del suave tacto líquido de la nieve derritiéndose por mis mejillas. Iluminé el suelo con la linterna y vi que los dos rastros de pisadas no eran ya más que tenues borrones sobre la nieve. Pronto quedarían ocultos bajo aquel manto blanco. Luego, aún sin hablar, me di la vuelta y caminamos juntos hacia el coche, casi en amistosa compañía, como si no hubiera pasado nada, como si esa tercera persona fuese caminando a nuestro lado. Tengo el recuerdo, pero quizá me equivoque, de que en algún momento Carter pareció tropezar y yo lo agarré del brazo para sujetarlo. Cuando llegamos al coche, su voz sonaba apagada y sin esperanza.

—¿Qué va a hacer?

—Nada. ¿Qué se puede hacer? Ha resbalado y se ha caído por el precipicio. Nosotros no estábamos ahí. No lo hemos visto, ninguno de los dos. Tú has estado conmigo en todo momento. Estábamos los dos junto a esa roca. No te has apartado de mí ni un segundo.

Al principio no dijo nada y, cuando al fin lo hizo, tuve que aguzar el oído para entenderlo.

—Lo tenía planeado, que Dios me ayude. Lo tenía planeado, pero ha sido el destino. Si tenía que pasar, pasaría.

Aquellas palabras no significaron mucho para mí entonces, pero más tarde, con la edad, creo que entendí lo que dijo. Era una forma, tal vez la única, de liberarse de la responsabilidad. Aquel empujón no había sido un impulso repentino e incontenible. Lo había planeado, había elegido el lugar y el momento. Sabía exactamente lo que iba a hacer. Pero había muchas cosas que no estaban en su mano. No podía estar seguro de que el señor Michaelmass fuese a querer bajarse del coche ni de que se pondría tan cerca del borde del acantilado. No podía estar seguro de que la oscuridad fuese a ser tan absoluta ni de que yo me fuese a quedar lo bastante lejos. Y un elemento había

jugado en su contra: no sabía nada de mi linterna. Si hubiera fallado en aquella ocasión, ¿habría vuelto a intentarlo? Quién sabe. Es una de las muchas preguntas que nunca le hice.

Me abrió la puerta de atrás, irguiéndose de pronto, un respetuoso chófer haciendo su trabajo. Cuando entré, me di la vuelta y le dije: «Tenemos que parar en la primera comisaría que veamos y contar lo que ha pasado. Deja que hable yo. Y será mejor que digamos que fue el señor Michaelmass, y no tú, el que quiso que parases el coche».

Ahora pienso en mi pueril arrogancia con cierta repulsa. Aquellas palabras tenían el tono de una orden. Si le molestó, no dio señal alguna de ello. Y dejó que hablara yo, limitándose a confirmar en silencio mi historia. La conté por primera vez en la comisaría del pequeño pueblo de Dorset al que llegamos quince minutos después. La memoria siempre es inconexa, episódica. Un impulso de la mente aprieta un botón y, como una diapositiva en color, el cuadro se proyecta de pronto sobre la pantalla, vívido, inmóvil, un instante resplandeciente fijado en el tiempo entre largos periodos de oscuro vacío. De la comisaría, recuerdo una lámpara alta y los copos de nieve arremolinándose fuera, en la oscuridad, hasta acabar chocan-



do como polillas contra el cristal; una gran chimenea de carbón en un pequeño despacho que olía a cera para muebles y café; un oficial, enorme, imperturbable, tomando nota de los detalles; y las gruesas capas impermeables de los policías cuando salían a grandes zancadas para empezar la búsqueda. Llevaba pensado exactamente lo que iba a decir.

—El señor Michaelmass le ha dicho a Carter que parase el coche y hemos salido. Ha dicho que era una llamada de la naturaleza. Carter y yo hemos ido a la izquierda, junto a un peñasco, y el señor Michaelmass ha seguido de frente. Estaba tan oscuro que ya no hemos vuelto a verlo. Lo hemos esperado, supongo que durante unos cinco minutos, pero no ha aparecido. Entonces he sacado mi linterna y hemos ido a buscarlo. Hemos visto huellas hacia el borde del precipicio, pero ya estaban casi borradas. Hemos seguido dando vueltas y llamándolo, pero no aparecía y entonces nos hemos imaginado lo que ha pasado.

—¿No han oído nada?

Estuve tentado de decir: «Bueno, creo que he oído un grito agudo, pero he supuesto que sería un pájaro», pero resistí la tentación. ¿Podía haber gaviotas volando en aquella oscuridad? Mejor contar una historia sencilla y ceñirse a ella. He encerrado a muchos

hombres de por vida por haber ignorado esa simple regla.

El oficial dijo que organizaría una partida de búsqueda, pero que había pocas posibilidades de encontrar algún rastro del señor Michaelmass aquella noche. Tendrían que esperar a que amaneciese.

—Y, si cayó por donde me imagino —añadió—, puede que tardemos semanas en recuperar el cuerpo.

Anotó la dirección de mi abuela y del colegio y nos dejó marchar.

No tengo un recuerdo claro de nuestra llegada a la casa, quizá porque dicho recuerdo quedó eclipsado por lo que ocurrió a la mañana siguiente. Carter, por supuesto, desayunó con los criados mientras yo estaba en el comedor con mi abuela. Aún no habíamos terminado de comernos las tostadas con mermelada cuando la doncella anunció que el jefe de policía, el coronel Neville, estaba allí. Mi abuela pidió que lo acompañaran a la biblioteca y ella salió del comedor de inmediato. Menos de quince minutos después, requirieron mi presencia.

Ahí mi memoria se hace más nítida y clara; recuerdo cada palabra como si fuera ayer. Mi abuela estaba sentada en un sillón de cuero con el respaldo alto, delante de la chimenea. Acababan de encenderla y

me pareció que la habitación estaba helada. La leña seguía crepitando y el carbón aún no había prendido. Había un gran escritorio en medio de la habitación, donde mi abuelo solía trabajar, y el jefe de policía estaba sentado detrás. Delante, de pie, estaba Carter, tieso como un soldado en presencia del oficial al mando. Y sobre el escritorio, puesto justo delante del coronel, estaba el yoyó rojo.

Carter se giró brevemente cuando entré y me miró una sola vez. Nuestros ojos se encontraron durante apenas tres segundos antes de que volviera a darse la vuelta, pero vi en su mirada (¿cómo no verla?) esa frenética mezcla de miedo y súplica. La he visto muchas veces desde entonces en los prisioneros que esperan desde el banco de los acusados a que dicte sentencia, y nunca he sido capaz de mantenerla con ecuanimidad. Carter no tenía por qué preocuparse; me había relamido demasiado con el poder que me dio aquella primera decisión, con la embriagadora satisfacción de tener el control, para pensar en traicionarlo ni entonces ni nunca. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿No era ya su cómplice?

El coronel Neville tenía una expresión pétrea.

—Quiero que escuches mis preguntas con atención y que me digas toda la verdad.

—Los Charlcourt no mienten —dijo mi abuela.

—Claro claro. —El coronel no apartaba la vista de mí—. ¿Reconoces este yoyó?

—Me parece que sí, señor, si es el que yo creo.

Entonces intervino mi abuela.

—Lo han encontrado al borde del precipicio por el que cayó el señor Michaelmass. Carter dice que no es suyo. ¿Es tuyo?

No debería haber hablado, por supuesto. Y en ese momento me pregunté por qué el jefe de policía le permitió estar presente durante la entrevista. Luego me di cuenta de que no había tenido otra opción. Ni siquiera en aquellos tiempos, en que la gente estaba menos preocupada por la infancia, un menor podía ser interrogado sin la presencia de un adulto responsable. El ceño reprobatorio del coronel por aquella intromisión fue tan fugaz que casi lo paso por alto. Pero no fue así. Estaba alerta, admirablemente alerta ante cada matiz, cada gesto.

—Carter dice la verdad, señor —le dije—. No es suyo. Es mío. Me lo dio antes de empezar el viaje. Mientras esperábamos al señor Michaelmass.

—¿Te lo dio? ¿Y por qué iba a hacer algo así?

La voz de mi abuela era cortante. Me giré hacia ella.

—Dijo que era porque había sido amable con Timmy. Timmy es su hijo. Los otros chicos se meten mucho con él.

La voz del coronel había cambiado de tono.

—¿Llevabas este yoyó encima cuando el señor Michaelmass cayó al vacío?

Lo miré directamente a los ojos.

—No, señor. El señor Michaelmass me lo confiscó durante el viaje. Me vio jugando con él y me preguntó de dónde lo había sacado. Se lo dije y me lo quitó. Me dijo: «Hagan lo que hagan los demás chicos, un Charlcourt debería saber que los alumnos no aceptan regalos de un criado».

De manera inconsciente, había imitado el tono seco y sarcástico del señor Michaelmass, y aquellas palabras brotaron con absoluta y convincente verosimilitud. Pero es probable que me hubieran creído de todas formas. ¿Por qué no? Un Charlcourt no miente.

—¿Y qué hizo el señor Michaelmass con el yoyó cuando te lo confiscó? —me preguntó el coronel.

—Se lo guardó en el bolsillo del abrigo, señor.

El jefe de policía se reclinó en su asiento y miró a mi abuela.

—Bien, está bastante claro. Es obvio lo que ocurrió. Cuando fue a recomponerse la ropa...

Hizo una pausa, pensando tal vez que su comentario había sido una falta de tacto, pero mi abuela estaba hecha de un material más duro.

—Totalmente claro. Se alejó de Carter y del chico sin darse cuenta de que se acercaba demasiado al borde del acantilado. Se quitó los guantes para abrirse la bragueta y se los metió en los bolsillos. Cuando volvió a sacarlos, se le cayó el yoyó. No lo oíría caer sobre la nieve. Luego, desorientado por la oscuridad, dio un paso en la dirección equivocada, resbaló y cayó.

El coronel Neville se dirigió a Carter.

—Era un mal lugar para bajarse del coche, pero usted no podía saberlo.

—El señor Michaelmass me pidió que parase el coche, señor —dijo el otro con los labios casi tan blancos como el rostro.

—Claro, claro; me hago cargo. No era usted quién para discutirlo. Ya ha prestado declaración. No hay motivo para que lo retengamos más tiempo aquí. Será mejor que vuelva a la escuela y a sus obligaciones. Se le citará para la investigación judicial, pero es probable que pase un tiempo. Aún no hemos encontrado el cuerpo. Y cálmese, hombre. No ha sido culpa suya. Supongo que si no ha dicho desde el principio que le

había regalado el yoyó al chico habrá sido para intentar protegerlo. No era necesario. Debería haber contado toda la verdad, tal y como ocurrió. Ocultar los hechos siempre trae problemas. Recuérdelo en el futuro.

—Sí, señor. Gracias, señor —repuso Carter.

Dio la vuelta en silencio y se marchó.

Cuando la puerta se cerró tras él, el coronel Neville se levantó de su asiento y se acercó a la chimenea. Se quedó allí de pie, de espaldas al fuego, balanceándose suavemente sobre los talones y mirando a mi abuela. Parecían haber olvidado mi presencia. Fui hacia la puerta y me quedé allí, en silencio, pero no salí.

—No he querido mencionarlo delante de Carter —dijo el jefe de policía—, pero ¿cree que hay alguna posibilidad de que saltara?

Mi abuela respondió con calma.

—¿Un suicidio? Se me ha pasado por la cabeza. Es raro que le dijera al chico que fuera junto al peñasco y que él se adentrara solo en la oscuridad.

—Tal vez fuera solo un deseo natural de privacidad —repuso el coronel.

—Supongo. —Mi abuela hizo una pausa y luego continuó—: Perdió a su mujer y a su hijo, ¿sabe? Poco después de casarse. Murieron en un accidente

de coche. Conducía él. Nunca lo superó. Creo que ya nada le importaba después de aquello, salvo quizá sus clases. Mi hijo dice que fue uno de los hombres más dotados de su promoción en Oxford. Todos le pronosticaban una brillante carrera académica. ¿Y dónde acabó? Estancado en una escuela preparatoria, desperdiciando su talento con niños pequeños. Tal vez él considerase aquello una especie de penitencia.

—¿No tenía familia? —preguntó el coronel.

—No que yo sepa.

—No plantearé la posibilidad del suicidio en la investigación, desde luego. Sería injusto para su memoria. Y no hay la más mínima prueba. Muerte accidental es lo más probable. Será una gran pérdida para el colegio, desde luego. ¿Era apreciado entre los alumnos?

—No lo creo —dijo mi abuela—. De hecho, diría que es muy improbable. A esa edad son todos unos bárbaros.

Me escabullí por la puerta sin que se diesen cuenta.

Empecé a madurar aquella semana de Navidad. Por primera vez reconocí las insidiosas tentaciones del poder, la euforia de sentirse con control sobre la gente y los acontecimientos, y la fuerza del clientelismo. Y aprendí otra lección, que expresa mejor Henry



James: «Jamás afirmes tener la última palabra sobre ningún corazón humano». ¿Quién habría creído que el señor Michaelmass había sido una vez un padre devoto y un marido cariñoso? Quiero creer que saberlo me hizo mejor abogado y un juez más compasivo, pero no estoy seguro. El yo esencial de las personas se fija mucho antes de cumplir los treinta años. Puede verse influido por la experiencia, pero rara vez cambia.

Carter y yo nunca volvimos a hablar del asesinato, ni siquiera cuando asistimos juntos a la investigación judicial siete semanas después. Cuando volví a la escuela apenas nos veíamos; después de todo, yo era un alumno, y él un criado. Yo compartía el esnobismo de mi casta. Y lo que Carter y yo compartíamos era un secreto, no una amistad, ni una vida. Pero de vez en cuando lo veía paseando por el lateral del campo de *rugby*, con las manos crispadas como si echase algo en falta.

¿Y hubo consecuencias? Un moralista, supongo, esperaría que nos hubieran atormentado los remordimientos y que el nuevo profesor hubiera sido peor que el señor Michaelmass. Pero no lo fue. La mujer del director no carecía de influencia y me la imagino diciéndole a este: «Era un profesor magnífico, desde

luego, pero no muy popular entre los chicos. Quizá, querido, deberías buscar a alguien un poco más amable, un hombre al que no tengamos que alimentar en vacaciones».

Y así llegó el señor Wainwright, un inquieto profesor recién titulado. No nos martirizaba, pero nosotros a él sí. Una escuela preparatoria para chicos es, al fin y al cabo, un microcosmos que refleja el mundo exterior. El señor Wainwright le dedicaba mucho tiempo a Timmy, sin embargo, y le prestaba una atención especial, quizá porque Timmy era el único chico que no lo intimidaba. Y Timmy floreció bajo su bondadosa paciencia.

El asesinato tuvo otro tipo de consecuencias, o supongo que podría decirse que las tuvo. Tres años después, estalló la guerra y Carter se alistó de inmediato. Fue uno de los sargentos más condecorados, premiado con la Cruz Victoria por sacar a tres de sus camaradas de un tanque en llamas. Lo mataron en la batalla de El Alamein, y su nombre está grabado en el monumento a los caídos de la escuela, digno tributo a la gran democracia de la muerte.

¿Y el yoyó? Volví a meterlo en la caja entre las notas del colegio, los viejos trabajos y aquellas cartas de mis padres que creí que podrían interesar a

mi hijo o a mis nietos. Cuando lo encuentren, ¿se preguntarán por un momento qué alegre recuerdo de la infancia hizo que un anciano fuera tan reacio a deshacerse de él?